

El hombre de la situación: ¿ficción o realidad?

Mariana Flores Monroy

Facultad de Filosofía y Letras / Universidad Nacional Autónoma de México

Por último, vale más reírse de todo esto, para no llorar.
FORTÚN, “Caricaturas”

En 1861, la imprenta de Juan Abadiano publicó una novela de Manuel Payno titulada *El hombre de la situación*, la cual alcanzó en su tiempo gran éxito editorial (al grado de que el propio autor tuvo dificultades para conseguir un ejemplar algunos años más tarde). A pesar de ello, en la actualidad pocos son los críticos que se han ocupado de esta obra,¹ por lo que quizá el camino más sensato para estudiarla consista en dejar hablar al autor y a sus personajes; en otras palabras, partir del texto para llegar al contexto. Así pues, en este artículo me propongo analizar *El hombre de la situación* tomando como punto de partida el curioso proemio que Payno decidió colocar a manera de presentación de ese libro, y siguiendo algunas de las ideas que Antonio Candido planteó en su ensayo sobre las *Memorias de un sargento de milicias*, del brasileño Manuel Antonio de Almeida.

Sin duda alguna, el proemio a que me he referido constituye un documento muy valioso, pues en él Payno resumió con gracia y concisión tanto sus ideas estéticas como el propósito que persiguió al escribir su novela. Al abrirla, la primera afirmación con la que el lector se encuentra es ésta: “La vida es un vasto teatro; y el mundo [...] es el escenario donde de todos nos apresuramos a tomar lugar y a desempeñar nuestro papel”.² Pero si la vida es

¹ Por ejemplo, en su *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*, Ralph Warner sólo analiza *El fístol del diablo* y *Los bandidos de Río Frío*, sin mencionar en ningún momento la obra que me ocupa. Por su parte, John Brushwood, tal vez basado en una mala lectura o en informes erróneos, afirma lo siguiente: “También en 1861, Manuel Payno publicó unos cuantos capítulos de una novela que nunca terminó: *El hombre de la situación*. Al parecer quiso utilizar a un mexicano recién llegado de España, donde había estudiado, como expediente para hacer la crítica y el comentario de la sociedad mexicana. No podríamos decir que la novela indique un cambio de opinión en Payno” (J. Brushwood, *México en su novela*, p. 182). Finalmente, Emmanuel Carballo se limita a englobar *El hombre de la situación* con las otras dos novelas de Payno ya mencionadas, y concluye que en ellas “Payno se comporta en forma distinta de como se conduce la mayoría de los narradores mexicanos: en vez de enseñar le interesa distraer, emocionar y aturdir a sus numerosos oyentes” (E. Carballo, *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*, p. 172). Hay que destacar, sin embargo, la reciente tesis doctoral de María Teresa Solórzano Ponce, titulada “Manuel Payno: El hombre de la situación” (México, FFyL-UNAM, 1997), cuyo objetivo consiste en presentar un análisis detallado de esa novela.

² M. Payno, *El hombre de la situación*, p. 15. Para no entorpecer la lectura de este ensayo, en las citas siguientes de la novela sólo indicaré la página correspondiente entre paréntesis.

una obra de teatro; el mundo, un escenario, y los seres humanos, personajes, ¿cómo llevará a cabo el autor su re-presentación de este teatro y de esta obra, que es la historia?

Refiriéndose al caso de Almeida, Candido planteó una idea que puede ayudar a entender este problema: “el primer nivel de estilización consistió, por parte del novelista, en extraer de los hechos y las personas cierto elemento de generalización que los aproximó a los paradigmas subyacentes en las narraciones folclóricas [...]. En otras palabras, la operación inicial del autor habría consistido en reducir los hechos y los individuos a situaciones y tipos generales”.³ La pregunta, quizá, debería plantearse ahora en estos términos: ¿qué tipo de reducción, respecto de la realidad, fue la que elaboró Manuel Payno en su novela? Con su claridad característica, nuestro autor explica que su intención no fue otra que “tomar de las cosas, de los tiempos, de los hombres, algunas semejanzas, y reunir el concepto en unas cuantas hojas de papel” (p. 17). Por eso mismo, partir de la idea de que la novela es tan sólo una duplicación de la realidad, y de que el acierto del novelista consiste en la exactitud respecto del original, resulta en este caso una postura doblemente errónea. Primero, porque se estaría olvidando que la intención de una novela es *traducir*, en términos artísticos, cierta visión de la sociedad; y segundo, porque el propio Payno aclara que lejos de querer retratar *exactamente* a una o más personas, desea crear un grupo mejor y más grotesco “tomando la vanidad del uno, el candor del otro, la arrogancia o la malicia del de más allá” (p. 17).

¿Y qué clase de personajes se construyen siguiendo estas indicaciones? Sin duda alguna, en esta novela el lector se las habrá con un protagonista bastante singular, pues aunque se trata de varias generaciones de Fulgencios, en esencia todos parecen poseer iguales atributos. El hecho de que todos lleven el mismo nombre (cuya carga simbólica ya es significativa, pues Fulgencio alude a lo que brilla o refulge) no sólo es indicio de la continuación de un linaje, sino que, en la novela, simboliza la herencia de una particular manera de encararse con el mundo. Al igual que Leonardito, el “héroe” de la obra de Almeida, la dinastía andaluza que desfila por el universo imaginario de Payno se asemeja en ciertos aspectos a los famosos pícaros de origen español, pero también, como Leonardo, difiere de ellos en más de un sentido. El primero y más importante estriba en la composición de la obra, que está relatada en tercera persona, lo cual permite la introducción de un narrador que elimina el artificioso candor de la novela picaresca y convierte a los protagonistas en personajes, aunque sean centrales. Y si bien es verdad que el primer Fulgencio tiene un origen hasta cierto punto humilde (hablando en términos pecuniarios, no nobiliarios) y que es arrojado al ancho mundo que representan las Américas, también lo es que de su enfrentamiento con la dura realidad no adquirió una madurez que se traduce en un sinnúmero de picardías. Más bien, Fulgencio se presenta como un personaje que, debido a su naturaleza andaluza, ya *nace* ambicioso, audaz, atrevido y hablador; o como lo explicó Candido, “nace malandro [o andaluz] hecho, como si se tratase de una cualidad esencial, no un atributo adquirido por

³ A. Candido, “Dialéctica del malandrino (Caracterización de las *Memorias de un sargento de milicias*)”, en Manuel Antonio de Almeida, *Memorias de un sargento de milicias*, p. XVI.

la fuerza de las circunstancias”.⁴ Por esto, y por carecer de una condición servil, no puede calificarse a este héroe de pícaro, sino que debe inscribirse en la categoría más amplia de malandro.

Ya el término andaluzada, que tiene cabida en el diccionario y que alude a una cosa muy exagerada, atribuida a los andaluces, puede dar idea del tipo de personaje que es Fulgencio. Pues Payno, con su propósito de tomar ciertos rasgos característicos de los seres de carne y hueso, consiguió extraer de los habitantes venidos del sur de España los caracteres más sobresalientes, al grado de que todos los que encuentran al primer Fulgencio en su camino se expresan así: “Estos andaluces son como Dios los crió”, “Antes de haberlo oído hablar hubiera yo apostado que era andaluz”, “Mira, no te doy de palos porque sé que eres andaluz y, como todos ellos, desagradecido y papalón” y “Todos los andaluces son el diablo de habladores y de vanidosos”. Si se atiende a los ilustres antecesores de la no menos ilustre casa de los García, que es el apellido que todos los Fulgencios ostentan, se podrá saber que, desde el mismo Julio García (o Julio César), “todos eran, como quien dice, una misma cosa” (21), puesto que “la familia había conservado su clara y limpia nobleza, y transmitido tan preciosa herencia de padres a hijos con una fidelidad tal, que ni una sola portezuela de tan dorados blasones se había empañado” (22). Y no por haber nacido en México, los siguientes dos Fulgencios perdieron un ápice de su noble ascendencia y de su singular carácter; lo único que en ellos mudó, es verdad, fue la dicción, pero “la manía de la ostentación y de la nobleza” también en ellos era incurable.

Desde luego, el contrapeso, tanto geográfico como moral, de estos andaluces es el tipo del gallego, encarnado en los Aguirrevenguren y en el servicial Romero, y cuyos rasgos más destacados son la laboriosidad y el ahorro. Sin embargo, la fortuna que gracias al orden y al trabajo continuo consiguió amasar este ejemplar comerciante, al caer en manos de Fulgencio se esfuma, al igual que sus valores y su encomiable método para reunir algún capital. La sustitución del viejo libro de cuentas de Aguirre por el nuevo y costoso cuaderno de su heredero adquiere, así, carga simbólica: “El libro mugroso y forrado de badana encarnada que llevaba Vengurren, representaba el orden y la economía; era el libro de crédito: el lujo-so volumen de Fulgencio, representaba el desorden, el despilfarro y el débito de esta partida doble que había principiado hacía más de cincuenta años con el económico gallego, y terminaba con el vanidoso y pródigo andaluz” (p. 125).

Así pues, queda claro que las principales características de los protagonistas son la ambición, la vanidad, la prodigalidad, el ser poco agradecidos y la obsesión por la apariencia. Pero de todos estos rasgos, creo que el que más peso tiene en la novela es el último, puesto que en cierta forma es lo que permite al segundo Fulgencio realizar su carrera política y conseguir la aclamación de la sociedad. De manera significativa, y como si se pudiera aplicar a la historia el viejo dicho de que “no todo lo que brilla es oro”, desde el inicio de la novela Fulgencio se engaña al catalogar las piedras que encuentra en su camino, creyendo,

⁴ A. Candido, *ob. cit.*, p. XII.

como su padre, que éste estaba lleno de oro: “En efecto, lleno de asombro, comenzó a notar piedras que ya relucían con un brillo opaco, o ya contenían partículas amarillas y algo rojizas” (p. 40). De esta suerte, el recién desembarcado polizón carga a cuestas un montón de piedras sin valor, como lo hará después la sociedad al darle entrada e importante salario a su primogénito. Pero si Fulgencio descubre con tristeza que sus piedras no valían ni un cuarto, la sociedad no pudo notar la mistificación en el caso de su hijo el diputado, de quien el narrador apunta lo siguiente:

Y parecido a una vieja bailarina que, arrugada, flaca y olvidada, sale repentinamente con pantorrillas postizas, colorete, encajes y punto por todas partes, y arranca a los que no la conocen aplausos de admiración, así apareció nuestro personaje con el prestigio de su caudal, de su gran casa y de su profunda sabiduría, arrancando a toda la prensa las más unánimes y cumplidas alabanzas. La prensa, en realidad, no sabía lo que hacía y, en último caso, aplaudía a una vieja y arrugada bailarina (p. 198).

“Que te compre quien no te conozca”, parece decir Payno, pues por no distinguir el oro de su reflejo, el país, encandilado, está dispuesto a acoger a quien sólo por fuera dé la impresión de ser capaz de conducir su destino.⁵ Pero el brillo de los Fulgencios no para ahí: todos sienten la necesidad de reflejarse en cualquier superficie, ya se trate del lienzo, el mármol, el yeso, el barro, el daguerrotipo, el periódico, y “aun en las sombras chinescas, si le hubiera sido posible” (226). Que el reflejo deforme o exagere el original es lo de menos;⁶ a fin de cuentas, eso mismo procura el autor: extraer ciertos rasgos de la realidad, amplificarlos y formar con ellos un cuadro grotesco que tiene mucho de esperpento y de caricatura.

Ahora bien, además de la apariencia, que podrá considerarse una estructura significativa del texto, creo que en la novela hay otro recurso que aparece con gran frecuencia y que en cierto sentido organiza buena parte de la narración. Este recurso, que llamaré inversión por no hallar otro término más adecuado, se encuentra en varios niveles que van desde la adjetivación hasta la estructura misma de la sociedad, al grado de que podría pensarse que se trata de una dinámica social intuitiva por el novelista. Aunque en el texto hay ejemplos de sobra de este mecanismo, creo que con tres bastará para dar idea de lo que quiero explicar. El primero de ellos tiene relación con los epítetos y adjetivos empleados para referirse a los personajes; así, después de haber informado al lector de los antecedentes del primer Fulgencio, cuyo mayor anhelo era la muerte de Vengurren para heredar sus grandes

⁵ Esta idea se ve reforzada en otro pasaje de la novela en que el narrador afirma: “Don Fulgencio tenía, como hemos dicho, una figura común; pero como era de cuerpo alto y de carrillos llenos, *daba la pala*, como suele decirse, y adquirió en breve toda la importancia que en la política tiene un figurón grande y marcado. ¡Qué trabajo cuesta a los flacos y desmedrados hacer carrera! Para la política se requiere en México facha y nada más que facha, y don Fulgencio daba realce a la que Dios le había dado, con un prendedor de brillantes, con una cadena monstruosa de oro, colgada de los botones del chaleco” (199).

⁶ Hay que recordar, en este sentido, los retratos que Fulgencio manda instalar en diversas partes de su lujosa residencia: “En la antesala había un retrato de don Fulgencio sentado en un sillón. Una mano la tenía en una esfera, aunque no sabía palabra de geografía, y la otra puesta sobre un libro (que jamás había pensado escribir) que decía ‘Instrucción Pública. Beneficencia’” (227).

caudales, y luego de haber relatado cómo las viruelas habían arruinado la belleza y lozanía de doña Ana de Gibraltar, el narrador introduce al vástago de esa unión así: “se llama don Fulgencio, hijo legítimo de nuestro amigo y *noble* capitán del mismo nombre y de la *bella* doña Ana de Gibraltar” (p. 139). Sin mucho esfuerzo, el lector intuye que en los calificativos subrayados hay por lo menos una anomalía, pues lejos de describir a los personajes, expresan exactamente lo contrario de lo que son. Pero la inversión abraza capas más profundas aún: se instala también en el discurso de los personajes y consigue que éstos expresen justamente el reverso de lo que dicen. Una elocuente muestra es sin duda la conversación que entablan el gobernador y el segundo Fulgencio, precisamente cuando éste acaba de “descubrir” sus notables capacidades políticas:

El fruto de este viaje improvisado fue la reconciliación más sincera con el gobernador. Se habló de la Patria, del pueblo, de la beneficencia pública, del desprecio con que México veía a los estados, de la necesidad de imponer con energía la ley a la capital; en fin, de todo, menos de la diputación; pero don Fulgencio tuvo maña para hacer entender al gobernador [...] que el pueblo estaba muy empeñado en colmarlo de favores; que como él no aspiraba a nada, ni quería mezclarse en la política, había rehusado decididamente; pero que siempre tenía intención de marchar a la capital, donde lo llamaban asuntos de intereses [...]; en fin, multitud de cosas, las cuales, aunque con sentimiento, no le dejarían tiempo para ocuparse de la defensa del pueblo y de los intereses de su Estado. El gobernador le contestó llenándolo de cumplimientos, llamándolo patriota desinteresado y liberal sincero, y ambos, estrechándose muchas veces la mano, se despidieron (p. 155).

Ante una cita tan larga como reveladora, hay que ir por partes. En primer lugar, el lector, enterado ya de la profunda ambición despertada en Fulgencio por el maestro Pimpinela, sabe que el principal objetivo de la visita es, justamente, trabajar por la diputación, sondeando el ánimo del gobernador con miras a saber qué tipo de oposición hará a la campaña de Fulgencio. Sin embargo, y aunque de la diputación no se hable una palabra, ambos interlocutores saben que las frases han de interpretarse de manera inversa a como suele hacerse, por lo que aluden a las elecciones sin hablar de ellas. Y lo mismo sucede con las motivaciones de Fulgencio para aspirar a un cargo público; pese a que hable del empeño del pueblo en colmarlo de favores, tanto él como el lector saben que la adhesión popular no es real y, cuando la consigue, lejos de ser espontánea es producto de las hábiles maquinaciones de Pimpinela, quien paga a la gente para manifestar su júbilo. Otrosí, a pesar de las protestas de Fulgencio de que nada desea, en realidad su viaje a la capital no tiene otro fin que preparar su campaña, pues su mayor ambición sí consiste en mezclarse en la política. Finalmente, ninguna duda cabe ya de que la “sincera reconciliación” y el apretón de manos sólo auguran una tenaz intervención del gobernador para impedir la realización del empeño de Fulgencio, así como la no menos férrea intención de éste para hundir al gobernador cuando se presente la oportunidad.

Pero el mundo al revés no para aquí. Cuando Fulgencio está encumbrado ya en la capital mexicana, “a instancias de varias personas muy caracterizadas” acude a la Academia

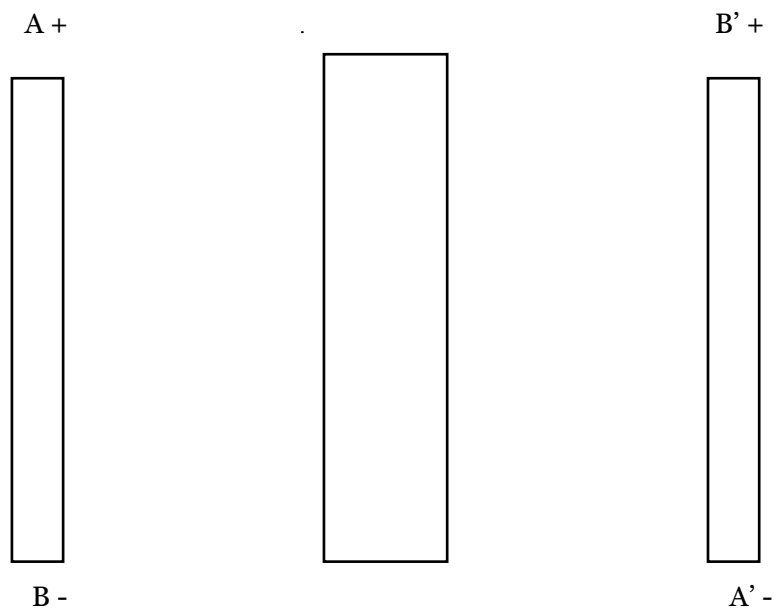
de San Carlos. Allí, al igual que en la Sociedad Lancasteriana, hace gala de una ignorancia prodigiosa. Pero lo que sorprende no es esto, pues ya se sabe que el flamante diputado abandonó desde muy joven sus estudios para unirse a la guerra de Independencia; más bien, lo que deja al lector de una pieza es la unánime buena acogida de sus palabras por los oyentes, que, de acuerdo con el sentido común, debían ser los especialistas en asuntos artísticos:

Toda la corte que seguía a don Fulgencio en su visita quedó pasmada con el *conocimiento* que el *distinguido* personaje tenía de las pinturas originales, con la *exactitud* de su juicio para criticar los defectos y con la *certeza* de su ojo al distinguir las bellezas artísticas; pero sobre todo, la narración de las aventurillas de los pintores fue lo que acabó de convencerlos de que no era un hombre vulgar el que había honrado con su presencia la *muy noble y distinguida* academia fundada por Carlos III (p. 225).

Aunque, como ya dije, hay muchos pasajes en que puede encontrarse el mecanismo de la inversión, elegí éste por varias razones. Primero, porque los adjetivos con que se califica a Fulgencio, al coincidir con los que describen a la Academia, indican que en ambos casos se está operando ese juego de inversión. Asimismo, al ser aprobados y secundados, los errores y la ignorancia del diputado se hacen extensivos a toda la gente que lo acompaña, pudiéndose decir que lo que está invertido no es sólo la conducta de Fulgencio, sino la sociedad entera. De aquí, desde luego, se derivan varios lineamientos morales. Para obtener la riqueza no es menester trabajar; basta ser paciente y aguardar la oportunidad de apropiarse de lo que otros han conseguido merced a su esfuerzo. Los caudales acumulados gracias al trabajo no sólo no proporcionan una vida holgada, sino que se esfuman como por arte de magia. Para ser representante de los intereses del pueblo, de lo que menos hay que ocuparse es de las necesidades populares; por el contrario, se trata de hacer uso de la curul para conseguir todos los beneficios personales posibles. Para pasar por un orador elocuente, más que hablar, lo que se precisa es quedarse callado...

¿Pero qué relación tiene este ácido retrato con la realidad que Payno observó? ¿Por qué podemos reconocer ciertos aspectos de la novela en la realidad más inmediata? Tal como lo dice Candido, “no es la representación de los datos concretos particulares la que produce, en la ficción, el sentido de la realidad; sino la sugestión de una cierta generalidad que mira para los dos lados [ficción y realidad] y da consistencia tanto a los datos particulares de lo real como a los datos particulares del mundo ficticio”.⁷ Si esto se pusiera en un esquema, como Candido lo hizo para ilustrar su análisis, del lado izquierdo A y B corresponderían a los hechos particulares de la sociedad mexicana; A' y B' serían los hechos particulares de la sociedad descrita en *El hombre de la situación*, y en el centro se hallaría el fenómeno de la inversión, que a la manera de un espejo deformante (ya cóncavo, ya convexo) reproduce la imagen alterada del original:

⁷ A. Candido, *ob. cit.*, p. XXX.



Los polos que están en los extremos verticales de la realidad podrían ser, como quiso Candido, el orden y el desorden, o los valores positivos y negativos que en cada sociedad se establecen para regir la conducta de los ciudadanos. Sin embargo, al pasar por esa instancia mediadora que está al centro del esquema, dichos polos se invierten, de suerte que lo que está arriba en la realidad se refleja abajo en la ficción, mientras que aquello que ocupaba un lugar inferior ocupa ahora el sitio más elevado. Así, lo grande y noble se trueca, por medio del arte, en pequeño y deleznable; en cambio, lo que es pequeño y ruín, también por este procedimiento, adquiere tamaños colosales y cualidades notables. Y si bien es verdad que los valores de la realidad pueden corresponder a la situación mexicana, también puede pensarse en otro esquema en que los valores de la izquierda son más bien los que aquende el mar se atribuían a las sociedades europeas, los cuales, al pasar por otro espejo deformante (que podría ser, por qué no, el Atlántico), cambian de signo y se convierten en esas “ideas fuera de lugar” que tan bien percibió Roberto Schwarz.⁸

Merced a su intuición certera y a su imaginación prodigiosa, Payno legó a sus lectores un inigualable fresco que a nuestro pesar tiene vigencia hoy en día. En él, el autor se permitió hacer desfilar una serie de personajes imaginarios y otros que, aunque tuvieron su origen en la realidad, no por ello son menos ficticios. Que podamos reconocer en el muy noble virrey don Joaquín de Monserrat intenciones poco encomiables y que se asemejan a las de Fulgencio (no en balde llegan a México en el mismo barco), pues ambos esperan recoger con el menor esfuerzo el oro regado a paletadas; que también reconozcamos a Iturbide, quien curiosamente entró triunfante a la capital seguido del segundo Fulgencio, como que eran “dos astros que *tenían* que brillar juntos”, y quien, lo mismo que el diputado, obedeció

⁸ Véase Roberto Schwarz, “Introducción a *Memorias póstumas de Brás Cubas*, de Machado de Assis”, Adriana Amante (traducción), Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2003.

al “espontáneo” llamado del pueblo para erigirse en emperador; que podamos, en fin, reconocer nuestra historia en una novela, no se debe a la representación de datos concretos e históricos, sino a esa sugestión, a esa particular interpretación que de la sociedad de su época plasmó Payno en *El hombre de la situación*. Como lo explicó Candido: la ficción no proviene directamente de la realidad, “pues el sentimiento de la realidad en la ficción presupone el dato real pero no depende de él. Depende de principios mediadores, generalmente ocultos, que estructuran la obra y gracias a los cuales se vuelven coherentes las dos series, la real y la ficticia”.⁹ En este caso, según expliqué más arriba, el principio mediador que articula la novela y que organiza los datos reales y los ficticios es la inversión.

Involuntariamente moderna, la ausencia del final de la novela nos otorga a nosotros, lectores mexicanos de este atribulado siglo XXI, la posibilidad de completar la parodia que se continúa en la vida real, o más bien, como sugirió Jorge Ruedas de la Serna, la oportunidad de “cerrar el libro y seguir viendo la novela a través de la ventana”.¹⁰ Veamos, pues, si es andaluzada o realidad.

Ciudad Universitaria, 2007

Bibliografía

BRUSHWOOD, John S. *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*. México: FCE, 1998 (Breviarios, 230).

CANDIDO, Antonio. “Dialéctica del malandrinaje (Caracterización de las *Memorias de un sargento de milicias*)”, en Manuel Antonio de Almeida, *Memorias de un sargento de milicias*. Venezuela: Ayacucho, 1977, pp. IX-XXXVII.

CARBALLO, Emmanuel. *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*. México: Océano/Conaculta, 2001.

PAYNO, Manuel. *El hombre de la situación*, Jorge Ruedas de la Serna (edición, estudio crítico, cronología y notas). México: Alfaguara, 2003 (Clásicos Mexicanos).

WARNER, Ralph. *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*. México: Antigua Librería Robredo, 1953 (Clásicos y Modernos. Creación y Crítica Literaria, 9).

⁹ A. Candido, ob. cit., p. XXXI.

¹⁰ J. Ruedas de la Serna, “Estudio crítico de *El hombre de la situación*”, en M. Payno, ob. cit., p. 239.